

perro no puede tampoco hacer carrera de ellas, y si llegara á contrariarlas, acabarían por precipitar al ganado por los riscos. ¡Ea! mire V. lo que pasa.» Al decir estas palabras el buen hombre, señalábame las dos cabras, que acababan de trepar á una de las rocas mas escarpadas, y excitaban con sus balidos á los buenos de los carneros para que fueran á reunirse con ellas. El pastor envió su perro para obligarlas á bajar, mas no era cosa fácil: las dos cabras se retiraron á la cresta mas elevada, y el bravo animal que debía seguir las se esforzaba en vano para alcanzarlas. Resbalábase á cada momento por las rocas, lo cual no debía animarle mucho; los ruminantes lo saludaban con sus estornudos y el perro ladraba furiosamente. Por último, llegó hasta muy cerca de ellas; mas hé aquí que saltan por encima de él y se encaraman sobre otra cima, donde se repite la misma escena. Entre tanto se habian diseminado los carneros, y corrían tan ciegamente por el borde de los precipicios, que nos inspiraban ya inquietud. El pastor llamó entonces á su perro, y satisfechas con esto las cabras, encargáronse de nuevo de la conduccion del ganado. Al cabo de media hora le sacaron felizmente de las rocas sin perder un solo carnero.

Los pastores de Suiza no son mas afortunados que sus cofrades de Andalucía; oigamos lo que dice sobre el particular Tschudi: «Después de haber caminado una media jornada por un verdadero laberinto de peñascos y témpanos de hielo, sin descubrir ningun hombre ni animal alguno, ve de repente el asombrado viajero una misera cabaña de piedra y musgo y á poco un pobre cabrero casi salvaje, sucio y curtido por el sol y el viento, guardando un alegre rebaño de cabras, las cuales se hallan pintorescamente diseminadas encima de los pequeños pedruscos, sobre las rocas cubiertas de musgo ó por el verde césped y dirigen sus curiosas miradas al recién llegado. Por lo general estos rebaños se componen de cabras faltas de leche, las cuales á fin de pasar el verano del modo mas económico para su dueño, van á pacer de tres á cinco meses en los sitios mas desiertos y salvajes de la cordillera, sin recibir del hombre otra cosa que el puñado de sal que de vez en cuando les echa el muchacho sobre la superficie de una peña para de este modo mantenerlas reunidas á su alrededor.

«Nuestros cabreros, dice Tschudi, viven tan miserablemente, que bien pudieran creerse lejos de todo pais civilizado. En la primavera se dirigen á la montaña seguidos de sus rebaños, y sin mas abrigo que algunos andrajos; no llevan zapatos, ni medias, chaqueton ni nada que les abrigue; solo van provistos de un saco para la sal; y cubre su cabeza un sombrero á prueba de agua. No llevan mas viveres que un poco de pan y un trozo de queso malo, tan seco todo é insustancial, que apenas merece el nombre de alimento; pero aquellos pobres pastores no tienen otra cosa. Con frecuencia sube un muchacho del valle cada mes ó cada quince días para renovar aquellas provisiones, y entre tanto debe contentarse el pobre hombre con su misera pitanza. Su pan es tan seco, que se desmigaja en su mano, y tan duro el queso, que apenas puede clavarle el diente. Cuando llega el mal tiempo, refúgiase el pastor, tiritando de frio y de hambre, en el fondo de su húmedo y solitario albergue donde solo le puede consolar una buena hoguera. De vez en cuando sale para vigilar sus animales, cuya suerte puede envidiar seguramente, pues hallándose tan expuestos como él á los rigores del clima de los Alpes, disfrutan de ventajas de que no puede participar el hombre. Llegado el otoño, pastores y rebaños bajan á los pastos menos frios, ocupados por las vacas.»

Los pastores griegos, con los que he pasado varios días en los alrededores del lago Anakal, no son mas afortunados que los de los Alpes suizos y los Pirineos: por la noche les ator-

mentan los mosquitos, y de dia, cuando son mas abrasadores los rayos del sol, deben trepar por las mas escarpadas rocas para reunir sus rebaños. En Grecia no hay casi mas ganados que las cabras; ellas pueblan todas las montañas, y se reconoce su presencia desde lejos por el fuerte olor que despiden los machos. Entre Atenas y Tebas atravesamos por un pequeño valle donde era insoportable este olor; centenares de cabras corrían por los pasos mas peligrosos, y detrás iban los pastores trepando con admirable agilidad.

En varios puntos, como sucede en los Alpes, se dejan abandonadas las cabras en los pastos, donde las van á buscar en el otoño, y mas de una falta con frecuencia al llamamiento. Todos los días, ó solo una vez por semana, les lleva un criador un poco de sal, que reciben en el punto donde acostumbra á detenerse el hombre, y á la hora misma á que suele ir.

Arrastradas á veces por su curiosidad, se reúnen estas cabras con las gamuzas y viven una vida completamente libre; las que de estas fueron desde pequeñas á pacer en la montaña, se parecen á sus congéneres, no solo en su aspecto, sino tambien en la seguridad y atrevimiento con que saltan de una parte á otra; compiten en trepar con las gamuzas y los íbex y suben como ellos á las altas cumbres. En los Alpes de la Carniola he visto pacer á las hermosas cabras domésticas, de color pardo rojo, casi con el mismo gusto que á la gamuza; nadie cuida de ellas; pacen formando manadas cerradas; frecuentan determinados sitios y permanecen en ellos; evitan cuidadosamente aquellos lugares en que pudieran causarles daño los cantos erráticos que se desprenden de lo alto, y saben librarse con gran habilidad de estos, cuando ruedan despeñados de las cimas y amenazan aplastarlas.

Yo mismo fui testigo de semejante destreza en cierta ocasion que echando á rodar grandes piedras desde lo alto de una escarpada peña, vi huir precipitadamente un rebaño de cabras, que estaban ocultas en el fondo de la misma y cuyo reposo se vió turbado por la caída de aquellas: no bien oyeron los prudentes animales el ruido producido por los pedruscos al chocar contra las rocas, sin reflexionar en lo mas mínimo, emprendieron la fuga precisamente en la direccion mas oportuna para evitar el peligro que los amenazaba. En los Alpes de la Carniola y Carintia son pocas las cabras que mueren aplastadas por los cantos rodados, y es tambien muy raro que se extravie ó despeñe una de ellas ya familiarizada con aquellos escabrosos sitios.

En el interior de Africa pacen las cabras libremente, pero por la noche se guarecen en una especie de aprisco ó recinto (seriba) cercado de espinos, que las pone á cubierto de los carnívoros. Se encuentra muchas veces en medio de una selva virgen un rebaño de cabras, algunas de las cuales trepan por los árboles mientras las otras están paciéndose debajo. De todas las que ví, me parecieron las enanas las mas diestras y retozonas, habiéndome demostrado, con gran asombro de mi parte, que los ruminantes pueden tambien trepar á los árboles.

Nada mas curioso y encantador que ver á ocho ó diez de estas pequeñas cabras paciéndose en la copa de una gran mimosa en una selva virgen: trepan por un tronco inclinado hasta llegar á la alta copa y se mueven despues fácilmente en medio del ramaje. He visto con frecuencia á algunos de estos atrevidos animales en posturas que eran al parecer imposibles para un ruminante: los cuatro piés descansaban sobre una rama, y por mucho que esta se agitase, la cabra conservaba siempre el equilibrio, alargando de derecha á izquierda el cuello á fin de poder alcanzar las jugosas hojas de las mimosas: bajo los árboles en forma de paraguas que crecen en las estepas y que con dificultad puede treparse á lo largo

de ellos, vése generalmente á las cabras enanas enderezarse sobre las patas traseras para poder coger las ramas mas elevadas, y toman en este caso una postura tan singular, que, segun Schweinfurth, se podrian tomar de lejos por seres humanos.

El viajero que camina por medio de las estepas se ve rodeado á veces de pronto por una multitud de estos animales, que le piden un poco de alimento, y algo mas lejos se descubre una tienda de campaña en la que viven varios pastores harapientos, curtidos por el sol, y cuya única riqueza consiste en un odre lleno de agua, un saco de grano, un haz de heno, una muela y una baldosa de barro cocido para tostar su harina. Toda la noche reina la mayor agitacion en el aprisco, pues de todos los animales domésticos las cabras son las que menos duermen; siempre están excitadas algunas, y hasta en las tinieblas pelean entre sí, corren ó se ejercitan en trepar.

Aumenta el tumulto cuando un carnívoros, el leon por ejemplo, se acerca al rebaño; cada cabra parece poseer diez voces distintas; balan lastimosamente, y si divisan á través del cercado los brillantes ojos de la fiera, su espanto no tiene límites. Corren aturdidas por el recinto, precipitanse contra la cerca, trepan y se agitan en todos sentidos. Los nómadas dicen que el leon jamás acomete á un rebaño de cabras á no estar muy hambriento, al paso que es muy peligroso para los bueyes; el leopardo, por el contrario, es el mayor enemigo de aquellos ruminantes.

Los europeos importaron en América las cabras, que desde mucho tiempo se hallan extendidas por todo aquel continente. Parece que su cria se ha descuidado, no obstante, en el Perú, en el Paraguay, en el Brasil y Surinam, mientras que es muy atendida en Chile. En las Antillas existen tres razas ó especies diversas.

La cabra no ha sido importada en Australia hasta hace poco, y se ha propagado ya mucho.

De las observaciones hechas, resulta que de 576 especies de plantas de nuestros países, la cabra come de 449. Por su régimen se reconoce sobre todo cuán caprichoso es el animal: busca siempre un nuevo alimento, los va probando sucesivamente, y no toma siempre el mejor. Gústale principalmente las hojas de los árboles, y por lo mismo ocasiona grandes daños en los tallares y jardines. Come, sin que le perjudiquen, las plantas nocivas para otros animales; el euforbio, la celidonia, la siempre-viva, la fáfara, la melisa, la salvia, la cicuta, el tabaco, y hasta las puntas de cigarro, que tanto repugnan por la nicotina á muchos mamíferos. El euforbio le produce diarrea, pero no le perjudica; la graciola y el tejo son para la cabra venenos, y el gallarito y el bonetero le hacen daño. Prefiere las hojitas tiernas y las flores de las gramíneas, las coles, los rábanos y las hojas de los árboles; todas las plantas que crecen en los puntos elevados y secos donde da el sol, son las que mejor digiere. No pacen en las praderas donde se haya echado estiércol ú otro abono fétido, aunque haga mucho tiempo: las cabras libres no beben sino agua; á las que habitan el establo se les da una bebida tibia en la que se mezcla salvado, centeno y sal.

A los seis meses puede reproducirse la cabra: entra en celo por setiembre ó noviembre, y una segunda vez en marzo; entones bala con frecuencia meneando la cola, y si no tiene macho, enferma.

El cabron está en celo todo el año, y cuando tiene toda su fuerza, es decir de dos á ocho años, basta uno solo para cien cabras.

Después de una gestacion de veintidos semanas pare la hembra uno ó dos pequeños, rara vez tres, y menos aun cuatro ó cinco; en este último caso suele sucumbir muy pronto:

la madre ó su progenie. A los pocos minutos de nacer se levantan los cabritos y buscan la teta de su madre; al dia siguiente corren de un lado á otro, y á los cuatro ó cinco dias siguen por todas partes á la hembra. Crecen muy de prisa; á los dos meses tienen los cuernos, y al año son adultos.

**USOS Y PRODUCTOS.**—La utilidad de la cabra es considerable, y en muchos países constituye la riqueza del pobre. Su manutencion cuesta muy poca cosa; casi nada en verano, y se aprovecha del animal la leche y el estiércol. Lenz calcula que una cabra bien alimentada podria producir en un año 850 litros de leche, que representaban en 1834 un valor de cerca de 100 pesetas, suma que debe haber aumentado en la actualidad.

En varios países, como por ejemplo en Egipto, las cabras llegan con las tetas llenas á la puerta de las lecherías y se las ordeña á la vista del comprador; tambien se vende la leche caliente y sin adulterar. En las grandes ciudades de Egipto se ven mujeres seguidas de sus rebaños de cabras, que pregonan de vez en cuando su mercancía elogiando la calidad, y á sus gritos «*lebn, lebn hitwe*» esto es, «leche, leche dulce» suele abrirse alguna que otra puerta, por donde sale la criada furtivamente ó un moreno etiope para llenar su jarra.

Los habitantes del Sudan, asi nómadas como sedentarios, ordeñan sus cabras dos veces diarias; cuando la leche molesta á estos animales, corren como locos á la casa de su amo, la cual saben hallar con suma facilidad.

Las cabras de pelo largo son mas útiles aun por este que por su leche; las de Angora y las de Cachemira no son buenas mas que por su lana.

De este ruminante se utiliza además la carne, la piel y los cuernos: la carne de cabrito tiene buen gusto, aunque es algo seca; y no es mala tampoco la de la cabra de mucha edad; los árabes de Zanzibar la prefieren á la de buey.

Con la piel de estos animales se fabrica cuero de Córdoba ó cordobán, y algunas veces pergamino. De Levante proceden siempre los mejores cueros: con la piel del macho se hacen tambien pantalones, guantes y odres, en los que conservan los griegos el vino y los africanos el agua; los torneros trabajan los cuernos y los médicos de Levante los utilizan á guisa de ventosas.

## LOS KEMAS — HEMITRAGUS

**CARACTERES.**—Debemos consagrar algunas palabras á unos cápridos que se distinguen por sus cuernos comprimidos lateralmente y de prominencia anterior: los del macho tienen tres ó cuatro caras cubiertas de pliegues trasversales anulares; los de la hembra son redondeados y están cubiertos de arrugas; las fosas nasales se abren en un espacio desnudo y mucoso, ó mejor dicho, en un verdadero hocico; y la hembra tiene cuatro mamas.

### EL KEMA THAR Ó TAHIR—HEMITRAGUS IEMLAICUS

**CARACTÉRES.**—El *thar* ó *tahir* ó *araharal*, segun le ha llamado su descubridor, Hamilton Smith, es un magnífico animal de gran tamaño: mide 1<sup>m</sup>,08 de largo, y 0<sup>m</sup>,87 de altura hasta la cruz; la cola es de 0<sup>m</sup>,09. Tiene la talla de una verdadera cabra y los cuernos no difieren mucho de los otros cápridos. Nacen sobre el ojo y á bastante distancia de este: muy unidos en la base, dirigen luego oblicuamente hácia atrás, se aplican casi sobre la cabeza, separándose despues, y en el último tercio de su longitud se inclinan hácia dentro y abajo, doblándose la punta hácia fuera. Cubren el cuerpo se-